

**Eelco Runia, *Moved by the Past: Discontinuity and Historical Mutation*. Nueva York: Columbia University Press, 2014, 241 pp.**

*Moved by the past: Discontinuity and Historical Mutation* es un recopilatorio de artículos y ensayos previamente publicados por el historiador y psicólogo Eelco Runia. Por esta razón, el libro no presenta novedad alguna, pero sí nos permite hacer una reseña crítica (no diremos un balance porque este no es lugar para tal tarea) no solo de la obra de un importante teórico de la historia, sino de lo que hemos venido llamando giro a la experiencia histórica. Ciertamente, este conjunto de artículos, algunos de ellos publicados en la principal revista del campo de la teoría de la historia, esto es, *History and Theory*, no solo es representativo de ese cambio de enfoque que ha pasado de ocuparse de la narrativa y el lenguaje a la experiencia histórica, sublime o no, sino que es uno de los principales agentes de este desplazamiento. Por ello, si bien esta reciente publicación no reviste novedad para el lector especializado (todo lo contrario), no puede decirse que no sea una obra a la que no deba prestarse atención, pues, como advierte el propio autor en la introducción, todos los artículos y ensayos adquieren un sentido que exige leerlo como si fuese un solo libro. Estamos, por tanto, ante una obra de una importancia difícil de exagerar.

Para Brian Fay, uno de los responsables de *History and Theory*, Runia ha logrado algo que en tiempos posmodernos no parecía posible: la novedad. Efectivamente, si algo caracteriza a Eelco Runia dentro de la historiografía, aparte de un estilo ágil y poético en un terreno donde no abunda tal virtud (o vicio, si hacemos caso a las advertencias de T. W. Adorno), es la bandera de la vanguardia (otro concepto aparentemente borrado del mapa posmoderno). En realidad, lo que Runia ha realizado es una adaptación de la teoría de la historia y de la filosofía de la historia (el capítulo 9, “Our Own Best Enemy”, expone una filosofía de la historia en el sentido más añejo del término que habría irritado a cualquier vigilante nocturno del llamado giro lingüístico o narrativista) a la razón posmoderna posterior a 1989.

De Eelco Runia se ha escrito mucho. Se ha dicho de él que es un gran estilista, un original escritor, un historiador que sabe combinar como nadie la escritura de la historia con su otra profesión, la psicología, dando como resultado una obra especialmente atractiva para un giro teórico, el de la experiencia histórica, particularmente obsesionado con la memoria, el trauma y otras categorías psicológicas y psicoanalíticas. Bien asentado en la Universidad de Groningen, Runia ejerce de director de su *Center for Metahistory*, iniciativa en la que se vieron envueltos en su origen profesores como Frank R. Ankersmit, por un lado, o Rik Peters, por el otro. Rik Peters ha sido un asiduo colaborador de Runia a lo largo de la década del 2000, tal y como hemos escrito en una reciente reseña sobre su última obra. Por otro lado, es Frank Ankersmit quien emerge como la figura decisiva. Sin lugar a dudas, el magisterio de Ankersmit en la década de 1980 y 1990 resultó imprescindible para consolidar los Países Bajos en general, y Groningen en particular, como un sitio privilegiado dentro del circuito internacional de producción de la llamada teoría de la historia. En los años que van desde su *Narrative Logic* (1983) hasta *Sublime Historical Experience* (2005), como ya escribió Ewa Domanska, Ankersmit no solo logró incrustar la producción teórica neerlandesa en un mapa dominado por la teoría de cuño estadounidense, sino que él mismo representó el paso del llamado “giro narrativista” a lo que puede llamarse giro a la experiencia

histórica. Runia, usando las palabras de H. G. Gadamer, un filósofo cuyo horizonte de recepción no ha dejado de agrandarse en las últimas décadas, viene a resumir este cambio de enfoque del siguiente modo: el pasado no nos pertenece; nosotros, en cambio, sí le pertenecemos a él (p. XII).

Este “giro a la experiencia” ha emergido en la teoría de la historia después del dominio del llamado “giro lingüístico” o “giro narrativista” (aunque no sean reducibles uno al otro) en una década, la de 1990, en la que “el nuevo orden mundial” proclamado por George H. Bush se extendía por el mundo. Si el giro lingüístico se había encargado de afirmar que el pasado no importaba a menos que el presente le diese importancia y que, por tanto, ese pasado solo podía condicionarnos una vez mediatizado por un lenguaje cuyo objeto último no era ese pasado, sino nuestro propio presente; el giro a la experiencia se encargó de provocar un retorno de lo reprimido especialmente cargado de implicaciones políticas. Más allá del famoso congreso celebrado en 1990 en UCLA sobre los límites de la representación del Holocausto, que acabó por convertirse en un ajuste de cuentas de la historiografía con Hayden White y todos los supuestos males que se le achacaban al historiador y teórico norteamericano, debemos destacar que 1989 es un año decisivo para entender el eclipse del giro lingüístico y el nacimiento del giro a la experiencia histórica. Como ya sabemos, ante esta nueva coyuntura, incluso Hayden White se mostró dubitativo en artículos que posteriormente recopilaría bajo el nombre de *Figural Realism* (1999).

Así pues, el peso del pasado parecía regresar con una virulencia extraordinaria después de haber sido reprimido bajo las categorías del giro lingüístico. Tras los acontecimientos de 1989, los marcos teóricos y culturales que regulaban la relación con el pasado desaparecieron como también lo hizo el orden de Yalta y las normas geopolíticas y políticas asociadas a la Guerra Fría. Sabemos que la caída del muro de Berlín hizo aflorar de nuevo la idea de la Historia como un proceso impredecible, como un pasado que desborda los marcos lingüísticos del presente. Y, con ello, los conceptos y categorías que ordenaban la relación con los pasados llamados traumáticos, que comenzarían a verse no ya con el vocabulario imperante de la Guerra Fría (imperialismo, explotación, modo de producción capitalista, ideología, lucha de clases y otra multitud de categorías que serían ahora barridas de la escena), sino con el lenguaje doliente de su “posguerra”: un vocabulario y una teoría encargada de “hacerse cargo del pasado” (Manuel Cruz) y de lidiar con ese fenómeno de la “memoria” emergido de la ruptura de los relatos forjados en torno al espíritu antifascista de 1945 y solidificados por cuarenta y cinco años de Guerra Fría. Si el siglo XX lo vivimos peligrosamente, en el siglo XXI, comenzado en 1989, tocaba sentarse en el diván, “hacer duelo”, penitencia y espectáculo para que las generaciones futuras no se viesan arrastradas a las “pasiones” de las “ideologías” y el “nacionalismo traumático”, toda vez que el genocidio de Ruanda, el juicio a la cúpula Jemer y la limpieza étnica en los Balcanes ponían un funesto broche de muerte a la “era de los extremos” y cargaban de razones a esta nueva aventura historiográfica.

Efectivamente, teóricos antes partidarios de la novedad del narrativismo y del giro lingüístico, como Frank Ankersmit o Dominick LaCapra, centraban ahora sus esfuerzos en entender la “experiencia histórica (sublime)”, las experiencias y recuerdos de las minorías aplastadas, el malestar generado por pasados llamados “traumáticos” y lo que Runia llamó en 2006 con fortuna (su artículo dio lugar a todo un coloquio y un número especial de la revista *History and Theory*) “presencia” del pasado. Que el pasado está

“presente” es una obviedad que, de no ser por el giro lingüístico, ampliamente determinado por la obra más liberal y existencialista de Hayden White (véase su “The Burden of History”, publicado en *History and Theory* en 1966), no debería sorprender a ningún historiador. El pasado, afirmaba Runia en su artículo “Presence”, recogido en este recopilatorio en el capítulo 3, es un “polizonte” en el presente con el que hay que lidiar. El pasado, dicho de otro modo, importa y nos condiciona, lo miremos o no. Y, como parece claro en este libro y en general en toda la teoría de la historia de este giro a la experiencia (Rik Peters, A. Dirk Moses, Ankersmit, LaCapra o el propio Runia), hay que cuidar mucho el modo en que lo miramos y lo ofrecemos a su uso público. Que esa “presencia” del pasado haya vuelto a la historiografía, ese estar “moved by the past”, no implica que lo haga de un modo desnudo: ha regresado trayendo consigo un renovado sujeto liberal, que es un trasunto del sujeto académico que encarnaba el teórico del giro lingüístico, por un lado, y la victoria del “mundo libre” de 1989, por otro. Ha regresado el pasado, sí, pero no como esperaba Walter Benjamin, sino como una forma de advertencia o directa prohibición política que nos debe enseñar a no transgredir los límites de la democracia liberal, de la “sociedad abierta” popperiana y de sus formas de pensar e interpretar el pasado. Si bien todas las grandes narrativas de liberación ya no rigen la historicidad y la forma de relacionarnos con el pasado, el presente y el futuro, no por ello debemos descuidar el hecho de que los ideogramas de la gran narrativa que ganó en 1989 sobre toda alternativa (soviética o no) siguen vivos y emitiendo mensajes ideológicos de un modo permanente y hegemónico. Cuidado con la “era de los extremos” que vivimos peligrosamente, reza el cartel. *Cave canem*.

*Moved by the Past* no es una excepción dentro de estas nuevas coordenadas. Por ello, su “Coda”, una famosa y maltratada cita extraída de las no menos maltratadas “Tesis sobre el concepto de Historia” de Walter Benjamin, no puede dejar de ser precisamente eso, una cita en el peor sentido posmoderno del término. No tanto porque la sitúe allí a modo de gesto poético o (algo que está fuera de la razón posmoderna) redención política –asunto que no le concierne a Runia–, sino porque viene a sustentar una de las dos ideas principales que organizan la estructura del libro: la historia de la Humanidad (pues este es, nada menos, su sujeto) avanza siempre a saltos y vive, por tanto, en la “discontinuidad”. Todo lo que queda atrás es un espectáculo terriblemente sublime que nos indica que el Ser Humano siempre favorece y “premia” las situaciones de cambio, esto es, que el tiempo de la Humanidad no es “Chronos”, sino el aleteo indescriptible de “Kairós”.

No obstante, el problema de esta propuesta, de una ambición substantiva que no habría podido satisfacerse en la época más dura del giro narrativista, es que ese Ser Humano no es el sujeto al que se refería Benjamin, un Ser Humano hecho de seres particulares unidos por esa categoría narrativa electrificante que cruza la Historia como un relámpago llamado explotación; sino que adquiere más bien, como en toda filosofía substantiva de la historia, una condición trascendental de corte kantiano. Por ello, su apuesta en el capítulo 5 por un Friedrich Schiller atrapado en (y fascinado por) el misterio sublime de la Historia, en la capacidad infinita del descentramiento y sorpresa de ésta, no resulta del todo creíble. Su implicación ideológica liberal boicotea el que es el mayor logro de *Moved by the Past*: devolver a la Historia ese misterio de las semillas del tiempo que Hegel había logrado expresar en la lógica de la dialéctica.

Sin embargo, no es Hegel quien se yergue para iluminar el armazón teórico de esta obra, sino Kant, quien, por otra parte, no pudo (hablar de imposibilidades en Kant

casi parece una herejía y al mismo tiempo un lugar común) comprender lo que la dialéctica hegeliana más tarde sí logró capturar. Runia, por tanto, cae en el mismo vicio del que él acusa al Schiller teórico, que no al de las obras de teatro como *Die Räuber*. Un vicio que no es tal, sino una maniobra filosófica que, practicada por Kant y por otro kantiano como Hayden White (véanse sus imprescindibles ensayos “The Burden of History” y “The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation”), solo puede ser leída de un modo cargadamente ideológico: es la conciencia libre del sujeto trascendental la que controla la influencia del pasado y la que encierra la Historia en la trama o categoría que ella cree más adecuada para sus propósitos morales. “Moved by the past”, sí, pero hasta cierto punto. Cuidado con el descentramiento dialéctico, reza el cartel.

La segunda idea principal que vertebra los nueve capítulos que componen este libro se refiere a la actitud que tomamos los seres humanos ante lo que se ha descrito más arriba. Para el profesor neerlandés, el Ser Humano vive en un estado de permanente “discontinuidad” y “circularidad” del tiempo. El historiador siempre procura, afirma Runia, eliminar este hecho del mapa. Busca establecer continuidades, explicar lógicamente lo sublime, ese recurrente “quantum leap” (sea el 11 de Septiembre de 2001, Primera Guerra Mundial, el Holocausto, la Guerra de Iraq o la Revolución Francesa, nos dice el autor) que marca la Historia del Ser Humano aquí y allí como un nuevo y recurrente “Kairós”. No se trata de abandonar el pasado a su suerte. El pasado, dice Runia, no es un país extraño ni algo que deba dejar de mirarse, porque de seguro que él sí habrá de mirarnos fieramente. De lo que se trata es de qué hacer con esta discontinuidad que marca el paso de nuestra andadura en un mundo que necesariamente nos trae de vuelta pasados que creíamos superados. Frente a la labor plomiza del historiador tradicional, limitado en su pensamiento por su formación disciplinaria, nos dice Runia, el Ser Humano ha reaccionado de dos maneras ante la evidente e innegable “presencia del pasado”. Una llamada “regresiva”, que se empeña en regodearse en la nostalgia y en hacer lo que ya fue hecho, en ser lo que éramos y en no ser lo que somos. Y otra, llamada “revolucionaria”, que no implica eyectar el pasado al olvido, sino convertirlo en combustible creativo que nos recuerde que nuestro estado natural es el “salto sublime” sobre lo desconocido, la quema de las naves y el vivir con los efectos indeseados e impredecibles de nuestras acciones. Estas acciones, según se destila de su original y cuestionable análisis de la Revolución Rusa (capítulo 8, “Crossing the Wires in the Pleasure Machine”), pertenecen a grandes hombres, que, en definitiva, actúan de un modo heroico y “frenético” dentro de una idea, en cambio, “evolucionista” de la historia (p. 168).

Preguntarse por si esas acciones tienen lugar en situaciones “sublimes” previamente creadas por la Historia, se deduce de este libro, es no haber entendido la propuesta filosófica del libro. Lo que *Moved by the Past* propone es un sujeto trascendental remozado y recuperado después de la destrucción postestructuralista y marxista a la que fue sometido en las décadas anteriores en todas las Ciencias Humanas. Es este sujeto el que genera los cambios y los “saltos cuánticos” en la historia humana. Las discontinuidades, podemos leer en *Moved by the Past*, “are not ‘rooted’ in what came before, but are the result of an irresistible urge to cut ourselves loose from our moorings” (p. 124). El sujeto liberal y romántico, que tiene una relación con el “yo” trascendental kantiano más íntima de lo que a veces se ha supuesto, regresa para autodeterminarse en estas dos últimas décadas de “nuevo orden mundial” neoliberal con una furia inusitada. Movido por el pasado, sí, pero a los mandos de ese pasado y de su

destino. El giro a la experiencia histórica nos ha devuelto la presencia del pasado, pero parece haberlo hecho bajo un piloto liberal y en una ruta de vuelo marcada por un mapa que no admite dialécticas ni ángeles de la historia.

La temporalidad, como bien acierta a delinear Runia, depende de su encarnación social, que él cifra, sin embargo, en las acciones sublimes de la Humanidad. Pero esto arranca de algún modo al sujeto del ámbito de la Historia y lo sitúa en el de la condición trascendental, por un lado, y, cuando lo quiere reintroducir en el proceso, en el del sujeto romántico, por el otro. Dicho de otro manera, la discontinuidad que defiende como estado normal de los seres humanos no tiene otra función ideológica que la de garantizar la indeterminación del sujeto de la filosofía que subyace a *Moved by the Past*. La capacidad de acción de esta subjetividad, por tanto, es una fantasía directamente relacionada con su supuesta indeterminación, manifestada en la ausencia de “raíces” de los “saltos al vacío” y en la supeditación del tiempo al sujeto y no al revés. Si bien es cierto que la temporalidad depende de su encarnadura social, tal y como sabemos desde Henri Bergson, no es menos cierto que la Historia como proceso desaparece de los significados posibles de este libro al defender semejante sujeto trascendental. De algún modo, Runia plantea que la Historia se arruga, rompe o estira, de acuerdo con la cantidad de masa de la que hace gala ese gran sujeto. Sin embargo, para mantener la sorpresa del salto al vacío –de lo nuevo en definitiva–, no es necesario acabar con la Historia, cosa que aparentemente Runia no desea, sino todo lo contrario. Pero para ello debemos recurrir a Hegel y dejar a un lado, en este aspecto, a Kant.

Ciertamente, es esta última maniobra ideológica la que ensombrece su, por otra parte, insoslayable y sugerente propuesta. Los seres humanos en general, y los historiadores en particular, afirma Runia, debemos aceptar que la presencia y el regreso del pasado son inevitables. Debemos pensar más allá de establecer continuidades poco heroicas que nos abandonen a actitudes regresivas ante la influencia del pasado. Ese estar “moved by the past” es, para escándalo del giro lingüístico y sonrisa condescendiente de Gadamer, nuestra condición ontológica, si se nos permite el abuso de esta categoría. Sin embargo, *Moved by the Past* reprime oportunamente el hecho de que esa condición no viene sin las huellas sociales de la coexistencia y sucesión de modos de producción y lo que Jacques Rancière llamó “desacuerdo” fundamental, precisamente porque –como sostiene el propio Gadamer–, es una condición histórica, lo que debería desenmascarar la perspectiva trascendental que la ideología estética del texto reseñado se ve obligada a defender.

En definitiva, el nuevo libro de Eelco Runia es un texto que podríamos calificar de imprescindible para todo aquel que quiera saber sobre la más reciente filosofía de la historia. Para los que no saben nada del giro lingüístico, quizá les parezca un conjunto de obviedades y piruetas de corte hermenéutico y psicoanalítico. Ya podemos decirles que se equivocan. Para los que se quedaron en que el giro lingüístico de la década de 1980 marca la última línea de innovación dentro del campo de la teoría de la historia, este libro, sin duda alguna, será un mazazo enriquecedor e inquietante. *Moved by the Past* asume y cancela el giro lingüístico, proponiendo una salida que oculta el marchamo de la victoria liberal de 1989. Su logro, sin embargo, no es menor. Vuelve a poner el pasado no mediado por los marcos lingüísticos, esto es, el pasado no “simbolizado”, exactamente allí de donde nunca debió ser desplazado: en la primera línea de trabajo de la teoría de la historia y, con ello, del propio pensamiento político. Porque al resituar esta presencia no simbolizada del pasado donde debe estar, también

se nos devuelve la posibilidad de un futuro no mediatizado ni dado por descontado, esto es, un futuro no entrevisto ni entendido como continuidad de un presente asfixiante. *Moved by the Past* hace las preguntas correctas, aunque quizá sus respuestas no nos resulten satisfactorias. Más allá de las tácticas de control que la ideología estética del autor realiza ante este redescubrimiento; más allá de su sujeto trascendental, del miedo que la victoria de 1989 aun siente ante la sorpresa generosa de la dialéctica, si leemos la propuesta de Runia a la luz de Hegel y Marx, tendremos un libro electrizante y, aunque en nuestros tiempos posmodernos tal adjetivo parezca ya imposible, un ensayo verdaderamente escandaloso. La aventura valdrá la pena.

Miguel Ángel Sanz Loroño  
Universidad de Zaragoza  
miguel.biblio@gmail.com

Fecha de recepción: 2 de diciembre de 2016.

Fecha de aceptación: 9 de diciembre de 2016.

Publicación: 31 de diciembre de 2016.

Para citar este artículo: Miguel Ángel Sanz Loroño, “Eelco Runia, *Moved by the Past: Discontinuity and Historical Mutation*. Nueva York: Columbia University Press, 2014, 241 pp.”, *Historiografías*, 12 (junio-diciembre, 2016): pp. 158-163.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/12/sanz.pdf>